

Tarde gris con herida roja en su interior

Cada día, a esas horas primeras de la tarde, siento la urgencia de salir de casa para encarar la carretera de la hoz y recorrerme algunos kilómetros desde el inicio. Cuatro de ida y los mismos de vuelta son suficientes para no anquilosarme y perder reflejos. No puedo permitirme esta atrofia desde que me ocurrió el accidente y cada año tengo que soportar una nueva intervención quirúrgica. Deseo vivir. Desde el día del siniestro noto intenso mi deseo de vivir, ahora precisamente que mis facultades están menguadas. Además me agrada salir para encontrarme con casi los mismos transeúntes. Algunos me saludan; otros pasan sin dirigirme la palabra. Pero da igual; su aparición, tanto si se cruzan conmigo como si me adelantan, me resulta agradable porque es una ocasión más en la que manifestamos nuestra efectiva presencia. Es importante y tiene valor volvernos a ver en este tiempo tan frágil que nos mantiene en la existencia. Eso lo sé muy bien, desde que he estado próximo a irme definitivamente.

Quedé torpe y cuando salgo de casa Angustias, mi mujer, y Ángela, mi hija mayor ya adolescente, quedan con alguna inquietud, preocupadas por si me sucede algún otro inconveniente. Pero ninguna adversidad puede acaecerme peor que la que me sucedió hace ya tres años. Alguien me socorrería. Tengo confianza en los paseantes de la carretera porque, nos saludemos o no, existe entre nosotros una secreta complicidad y me ayudarían. El paseo se ha convertido en una efectiva convivencia. Así que me cojo la muleta y salgo confiado a las horas primeras de la tarde, haga sol o esté cubierto, como hoy, porque la cinta de pintura blanca del borde de la carretera parece que la trazaron para que la sigamos transitando sin cesar.

Me agradan los días nublados. Camino mejor que cuando luce el sol, aunque en estas jornadas últimas del invierno se agradecen las tardes soleadas y claras. En Fuenfría hoy las rocas calcáreas destilan un flujo que las impregna de humedad. En el ambiente, también, percibo un aroma blando que embalsama mi cuerpo. Brilla el musgo en la epidermis de las negras piedras y considero que de un momento a otro la primavera, aquietada todavía, va a estallar en todo su vigor, como si ninguna fuerza pudiera retenerla ya oculta por más tiempo. Todo está expectante ante el empuje de un esplendor ya próximo.

El paseo me proporciona un tiempo de soledad. Amo la soledad cuando no es excesiva. A mi mente, en esas dos horas aproximadas que dura mi ruta, llegan pensamientos significativos y hoy, además, me van animando sentimientos de estar a

gusto en la vida. Espero que mis pensamientos sean positivos, alentadores. A veces mi vida me parece ya larga, como si hubiese agotado el tiempo que me fue dado y cualquier día fuera el último en que todo terminará; pero hoy me siento a gusto viviendo y gozo mi estancia en esta porción del tiempo como una heredad. He advertido que la vida anterior al accidente la vivía de prisa y el percance me sirvió para reflexionar sobre mí y sobre toda la circunstancia que me rodea. Esta lentitud de vivir me ha descubierto el bienestar de permanecer aquí consciente.

El grupo de mujeres que se me aproxima viene gritando como grullas y mantienen una conversación hablando todas, sin ceder ninguna ante el decir de las otras. Sus gritos me empujan casi físicamente. Me paro, para que me adelanten.

- Adiós, Miguel –me saludan.

Con cierto alivio les respondo yo también. Ahora que me han superado, me parece que la calma me ha dejado con las espaldas descubiertas y siento el vacío que antes las mujeres evitaban tras de mí. Ellas avanzan más rápidas y siguen su animado alboroto, sin atenderse unas a otra pero enterándose de lo que cada una dice. Me fijo y advierto en sus dorsos cierto interés de alguna por presumir. Las otras cinco caminan con ropas cómodas y usadas, con algún descuido. Han dejado su presunción femenina para otro momento.

La carretera tiene un trazado razonable y en ningún tramo acentúa su desnivel, aunque en este trecho tiene una inclinación superior al resto del camino. La subida ahora exige un pequeño esfuerzo; se convierte en una ligera rampa que noto. Algunos que me adelantan aquí se suelen distanciar con mayor facilidad que en otras zonas. Yo voy tranquilo, aunque también tengo mi amor propio y no deseo quedarme rezagado. Soy, no obstante, de los que más lento transito, si bien mi lentitud me permite fijarme mejor en las cosas. Todo tiene su ventaja, incluso mi calma.

Agotado a finales de otoño, el río ha comenzado a fluir de nuevo y alegra la mirada con el agua limpia que corre por su cauce. En ciertos tramos la corriente forma hilos de agua, los entrecruza unos con otros y parece que trenza la urdimbre suave de una pieza de seda. Se refleja el cielo más claro entre las zarzas de los márgenes y algún pajarillo solitario zurce la herida del río, cruzando de una rama a otra. Es evidente que en la naturaleza no existe nada que no provoque admiración cuando se la observa con quietud. El río es un hervidero de detalles y hoy parece una oscura fractura en el centro de la hoz.

Sigue silencioso el chopo, fiel a su espacio, sin rumor en sus ramas. Lo ha ennegrecido la humedad y por sus varas chorrea una acuosidad que difumina su aspecto en el conjunto del paisaje. Me sorprende la transformación del chopo, sensual en otoño; en invierno, descarnado y enjuto como el cuerpo de un asceta. Este árbol seguro de sí lleva mucho tiempo marcando el recodo del río y del valle y es el referente mayor para los transeúntes del paseo. Entre sus ramas quedan enredadas nuestras miradas como en primavera lo habitan los pájaros inquietos que acoge. Ahora veo yerto su alzado elegante, señalando los hocinos sobre los riscos, como si pretendiera eludir toda atención. Pero este chopo es majestuoso y posee maneras de un abad solemne en ceremonias litúrgicas, el moje prior de este angosto desfiladero.

En el tramo por el que marchó el río y el camino se unen y no dejan el menor intersticio para la vegetación mayor. El musgo se ha adherido al muro que mantiene la divisoria y marca los destinos superior e inferior. Arriba el camino; abajo el agua que fluye. En la desnudez invernal el orden en la naturaleza hace posible la comprensión, la admiración y la belleza, y en estos días se advierte como nunca la definición de las cosas en sus propios límites; todo muestra su escueta exhibición y por eso mismo todo revela la autenticidad de su realidad. Aquí en la hoz se advierte la belleza veraz de los seres desnudos en estos días últimos de invierno. Al menos a mí me admira tanta ostentación y quizá este sea otro motivo que me hace coger la muleta para recorrer este trayecto.

Sobre mi atención mi cuerpo ejerce un poder despótico y el esfuerzo que vengo haciendo desde que inicié la marcha fustiga mis tendones. Como un rayo que descendiese raudo desde mi cabeza hasta el tobillo, me ha herido una punzada súbita que me obliga a detenerme. El dolor es la escarpia que fija al hombre al mundo, lo sujeta y lo afinca a su ser ineludible, como a mí ahora. Me detengo sentado en el pretil de la barbacana junto al puente hasta que se sosiegue este ardor interior de mis músculos. Antes del accidente mi cuerpo estaba silencioso; sólo podía oír a veces el reclamo del hambre o del sexo. Ahora, no; ahora esas voces están calladas con frecuencia, y por el contrario, es la punzada nerviosa la que me obliga a pensar en esta condición mía. Aunque el esfuerzo constante haga sobreponerme a estas impertinencias, lo cierto es que el cuerpo pesa como un fardo y sólo un impulso íntimo permite que vaya avanzando contra todo inconveniente. Cuando me quejo, muchos dicen que su experiencia, incluso estando sanos, es semejante, pero nadie es capaz de saber cómo puede cambiar una persona por un golpe súbito del azar. Tan sólo cuando uno ha

experimentado la merma fulminante conoce los efectos inoculados en su propio cuerpo. Es como si un ejército de insectos se diese cita en los miembros interiores, los recorriera royéndolos y no hubiese modo de arrojarlos fuera. En esta circunstancia, la mejor opción es el sosiego, como me está sucediendo ahora cuando advierto la calma benéfica que recupera mi cuerpo interiormente. Los músculos se tranquilizan y ocasionan por momentos la placidez comparable a la que respiro en el ambiente sereno de la hoz. Ahora puedo seguir mi caminar aunque mis músculos están entumecidos y preciso alentarlos con suavidad, para que vayan cumpliendo su función sin mucha queja.

Regresan las mujeres que antes me adelantaron. Puedo verles su rostro de frente y, como antes, gritan unas a otras. Sin mirarlas, me sonrío y alguna ha tenido que advertirlo porque al cruzarnos me ha preguntado de qué me reía. No voy a decírselo, naturalmente, pero esa costumbre de hablar todas y no callar sino alguna, me hace gracia, no puedo evitarlo, y creo que el mayor logro que ha alcanzado la humanidad en la prolongada historia de los hombres, es el silencio. Pero a ellas no les ha llegado. El ser espontáneo habla, gesticula y grita; el silencio es la consecución de un largo proyecto de humanización.

Además de favorecer mi cuerpo, el paseo me ocasiona multitud de ocurrencias y pensamientos que son la decantación de una experiencia de vida. No provoco reflexiones, antes al contrario, emergen hasta la atención desde un fondo oscuro de mi ser y este tiempo de soledad me proporciona las sugerencias que no soy capaz de advertir estando con los demás. Generalmente, entre los hombres hay distracción; ahora, en el paseo, la dispersión de los sentidos me disipa a veces y en otros momentos me evoca imágenes que creía olvidadas.

Desde aquí estoy oyendo los ladridos de los perros de Máximo. No sé qué razón le indujo a adquirir la jauría enloquecedora que tiene. Lo veo entre los treinta o cuarenta lebreles que posee, cada uno atado a una estaca junto a un bidón, ladrando enloquecidos. Los va atendiendo uno a uno y los calla con sus gestos. Pero hasta que llegue al último, desde donde estoy oigo ladridos en todos los tonos, con diversa intensidad, con una cadencia nueva. Ya digo, para volverse loco. Pero Máximo los va acallando según los acaricia y les echa para comer algo. Lo sigo viendo desde aquí. Al final los ladridos han cesado y en el ambiente se transparenta un sosiego agradecido.

He llegado a mi meta. Debo volver. Hoy no me apetece beber el agua de esta fuente gratificante para los que llegamos hasta aquí y torno de nuevo. Ahora el camino es más suave, algo inclinado para los que regresamos.

Ante el espolón de piedra tobiza que Octavio aprovechó para crear su vivienda, se ha detenido un grupo de jóvenes atentos a las explicaciones del profesor. Narra que el muñón del risco es el resto de una antigua cascada petrificada que corresponde con otra peña opuesta en la margen contraria de la hoz. Señala esta última roca porosa y los adolescentes vuelven su mirada comprensiva hacia donde indica el viejo profesor de geología. También me hace mirar a mí y consigo comprender por qué motivos tales restos fósiles de piedra de uno y otro lado muestran oquedades diferentes de las demás dolomías de la hoz.

- El agua ha ido disolviendo a lo largo del tiempo la piedra porosa entre uno y otro lado –añade el personaje mayor.

Del grupo se ha retirado una pareja. Se acarician y besan como si nada les importara las aclaraciones geológicas, tan lejanas y extrañas al amor inevitable y perentorio que deben sentir. Por mi parte, admito que despreciar el presente apremiante por una atención al remoto geológico supondría una alineación injustificable para las urgencias ineludibles del momento actual. El erotismo, al contrario del dolor que hace un rato sentí, aligera la vida y la lleva por recorridos ingravidos, además de convertir la existencia en un momento atractivo y liviano. El dolor, en todo caso, llegará para ejercer su lastre insoportable. Con frecuencia me asalta el sentimiento inevitable y súbito de la frustración. Yo era un esmerado proyecto que un día se quebró y quedó sólo para contarlo. Todo se truncó de repente y siempre pienso la posibilidad de una segunda oportunidad o haber podido prever un instante anterior lo irreparable que me sobrevino poco después. Aunque esto ya es imposible y sólo queda la vergüenza de quedar fijados en la gravedad como el fracaso de una vida rota.

Según voy descendiendo, la morada blanca y apaisada de los huertanos se me antoja un barquito tranquilo en la superficie de un río lento. El mirador que sobresale en un extremo de la construcción semeja el puesto de proa para un timonel cauto y orgulloso. No imagino de dónde ha podido llegar este vapor que expulsa humo por la chimenea, ni a dónde podrá dirigirse, pero me seducen las trayectorias desconocidas. Más abajo, la casita roja, abandonada y casi derruida, está varada entre los arbustos de un olvidado muelle invisible. Esta hoz, inevitablemente, es un fondeadero que se ha ido transformando en el transcurso del tiempo y lo que en otros momentos ilusionó a los hombres y brilló con la hermosura de lo nuevo, hoy muestra la herrumbre y el achaque de lo inservible y abandonado.

La explicación del geólogo me ha obligado a fijarme en el friso de piedra caliza que recorre a un lado y otro la longitud total de la hoz. Caprichosas metopas y oscuros triglifos ha cincelado la erosión durante los largos periodos anteriores de la tierra. Emergen de la entraña de las laderas figuras fantásticas, mostrando su dorso abultado.

Desciendo lento y desde un recodo diviso ya la silueta quebrada de la ciudad. Es bella como la Jerusalén bíblica, con el encanto que posee la belleza medieval. El cimborrio de la catedral perfila el pináculo más alto de toda la parte antigua divisada desde donde me encuentro. Al contraluz, sólo puedo percibir su silueta. Todo lo demás queda oscurecido.

Al entrar por el paseo del río me ronronea el cansancio en los músculos. Temo de nuevo el aguijón del nervio que me clava en el lugar, como antes. Pero aguanta sin hacerse notar y sigo atento y suspicaz, pensando que, a pesar de todo, hoy ha sido un día agradable y sosegado, afortunado, una vez más, porque vuelvo sin un percance ni nada que haya alterado gravemente mi marcha. Sé que cuando llegue a casa aclararé detalles a las preguntas de Angustias. Contaré que me he encontrado a un geólogo con un grupo de alumnos, he visto los restos de una cascada petrificada, he sentido el frescor persistente del invierno, y que todo es excesivamente atractivo para renunciar a percibirlo.

Mañana, si me es posible, volveré. Todo será diferente, como cada día.